

pataleando, de la persecución del Fisco, y sucumbir siempre ante la superioridad del cazador. En todos los conflictos entre la Hacienda y el contribuyente, la Hacienda tenía siempre razón, según el dictamen inflexible de Pantoja, y este criterio se mostraba en sus notas, que jamás reconocieron el derecho de ningún particular contra el Estado. Para él la Propiedad, la Industria, el consumo mismo, eran organismos ó instrumentos de defraudación, algo de disolvente y revolucionario, que tenía por objeto disputar sus inmortales derechos á la única entidad dueña y propietaria de todo: la Nación. Pantoja no poseyó nunca más que su ropa y sus muebles; era hijo de un portero de la Sala de *Mil y Quinientas*; se había criado en un desván de los Consejos, sin salir nunca de Madrid; no conocía más mundo que las oficinas, y para él la vida era una sucesión no interrumpida de menudos servicios al Estado, recibiendo de éste, en recompensa, el garbanzo y la santa rosca de cada día.

## XXII

¡Ah! ¡Cielos! ¿Qué sería del mundo sin cocido? ¿Y qué de la mísera humanidad sin pagas? La paga era la única forma de bienes terrestres en conformidad con los principios morales, pues

para todas las demás clases de bienestar archivaba Pantoja en el fondo de su alma un altivo desprecio. Dificilmente concedía que en la clase de ricos hubiera alguno que fuese propiamente honrado, y á las grandes empresas y á los audaces contratistas les miraba con religioso horror. Labrar en pocos años pingüe fortuna, pasar de la pobreza á la opulencia... era imposible por medios lícitos. Para que tal cosa suceda, es indispensable *ensuciarse*, quitándole lo suyo á la víctima eterna, al propietario elemental, al Estado. Al millonario que había heredado su fortuna y no hacía más que gastarla, le perdonaba el buen Pantoja; pero aun así no le tenía en olor de santidad, diciendo que si él no robaba, lo habían hecho sus padres, y la responsabilidad, como el dinero, se transmitía de generación en generación.

Cuando veía entrar en el Ministerio y pasar al despacho del Ministro al representante de Rothschild ó de otra opulenta casa española ó extranjera, pensaba cuán útil sería ahorcar á todos aquellos señores que no iban allí sino á tramar algún enjuague. Estas ideas y otras semejantes las vértía Pantoja en el círculo del café adonde concurría, siendo objeto de punzantes burlas por su estrechez de miras; pero él no se daba á partido. ¿Hablábase de Hacienda? Pues en el acto tremolaba Pantoja su banderín con este sencillo y convincente lema: *Mu-*

*cha administración y poca ó ninguna política.* Guerra á los grandes negocios, guerra al agio y guerra también á los extranjeros, que no vienen aquí más que á explotarnos y á llevarse el *cum- quibus*, dejándonos más pobres que las ratas. Tampoco ocultaba Pantoja sus simpatías por el rigor arancelario, pues el libre cambio es la protección á la industria de extranjería.

Al propio tiempo sostenía que los propietarios se quejan de vicio, que en ninguna parte se pagan menos contribuciones que en España, que el país es esencialmente defraudador, y la política el arte de cohonestar las defraudaciones y el turno pacífico ó violento en el saqueo de la Hacienda. En suma, las ideas de Pantoja eran tres ó cuatro, pero profundamente incrustadas en su *intellectus*, como si se las hubieran metido á mazo y escoplo. Su conversación en el círculo de amigos languidecía, porque nunca hablaba mal de sus jefes, ni censuraba los planes del Ministro; no se metía en honduras, ni revelaba ningún secreto de entre bastidores. En el fondo de su cerebro dormía cierto comunismo de que él no se daba cuenta. De este tipo de funcionario, que la política vertiginosa de los últimos tiempos se ha encargado de extinguir, quedan aún, aunque escasos, algunos ejemplares.

En su trabajo era Pantoja puntualísimo, celoso, incorruptible y enemigo implacable de lo que él llamaba *el particular*. Jamás emitió dictamen

contrario á la Hacienda; la Hacienda le pagaba, era su ama, y no estaba él allí para servir á los enemigos *de la casa*. En cuanto á los asuntos oscuros, de una antigüedad telarañosa y de resolución difícil, su sistema era que no debían resolverse nunca; y cuando llegaba forzosamente el último trámite impuesto por las leyes, buscaba en la ley misma la triquiñuela necesaria para enredarlos de nuevo. Escribir la última palabra de uno de estos pleitos equivalía á una fragilidad de la Administración, á declararse vencida y casi deshonrada. En cuanto á su probidad, no hay que decir sino que recibía á cajas destempladas á los agentes que iban á ofrecerle recompensa por despachar bien y pronto tal ó cual negocio. Conocíanle ya, y no se atrevían con aquel puerco-espín, que erizaba sus púas todas al sentir la aproximación del *particular*, ó sea del contribuyente.

En su vida privada, era Pantoja el modelo de los modelos. No había casa más metódica que la suya, ni hormiga comparable á su mujer. Eran el reverso de la medalla de los Villaamil, que se gastaban la paga entera en los tiempos bonancibles, y luego quedaban pereciendo. La señora de Pantoja no tenía, como doña Pura, aquel ruinoso prurito de suponer, aquellos humos de persona superior á sus medios y posición social. La señora de Pantoja había sido criada de servir (creo que de D. Claudio Antón de Luzuria-

ga, al cual debió Pantoja su credencial primera), y lo humilde de su origen la inclinaba á la obscuridad y al vivir modesto y esquivo. Nunca gastaron más que los dos tercios de la paga, y sus hijos iban adoctrinados en el amor de Dios y en el supersticioso miedo al fausto y pompas mundanales. Á pesar de la amistad íntima que entre Villaamil y Pantoja reinaba, nunca se atrevió el primero á recurrir al segundo en sus frecuentes ahogos; le conocía como si le hubiese parido; sabía perfectamente que el *honrado* ni pedía ni daba, que la postulación y la munificencia eran igualmente incompatibles con su carácter, arcas cuyas puertas jamás se abrían ni para dentro ni para fuera.

Sentados los dos, el uno ante un pupitre, el otro en la silla más próxima, Pantoja se ladeó el gorro, que resbalaba sobre su cabeza lustrosa al menor impulso de la mano, y dijo á su amigo:

— Me alegro que hayas venido hoy. Ha llegado el expediente contra tu yerno. No le he podido echar un vistazo. Parece que no es nada limpio. Dejó de incluir dos ó tres pueblos en la nota de apremios, y en los repartos del último semestre hay sapos y culebras.

— Ventura, mi yerno es un pillo; demasiado lo sabes. Habrá hecho cualquier barrabasada.

— Y me enteró ayer el Director de que anda por ahí dándose la gran vida, convidando á los amigachos y gastando un lujo estrepitoso, con

un surtidito de sombreros y corbatas que es un asco, y hecho un figurín el muy puerco. Dime una cosa: ¿vive contigo?

— Sí — respondió secamente Villaamil, que sentía la ola de la vergüenza en las mejillas, al considerar que también su ropa, por flaqueza de Pura, procedía de los dineros de Cadalso. — Pero estoy deseando que se largue de mi casa. De su mano, ni la hostia.

— Porque... verás, me alegro de tener esta ocasión de decírtelo: eso te perjudica, y basta que sea yerno tuyo y que viva bajo tu techo, para que algunos crean que vas á la parte con él.

— ¡Yo... con él! (horrorizado). Ventura, no me digas tal cosa...

— No; si yo no soy quien lo dice, ni me pasa por el magín. Pero la gente de esta casa... Ya ves, ¡hay tanto pillo! Y cuando tocan á pensar mal, los más pillos son los que descueran al inocente.

— Pues aunque Víctor es mi yerno, tan ajeno soy á sus trapacerías, que si en mi mano estuviera el impedirle ir á presidio, no lo impediría... Figúrate.

— ¡Ah! No irá, no irá; no te dé cuidado. No irá por lo mismo que lo merece. Tiene pararrayos y paracaídas. Se están poniendo los tiempos tan corruptos, que estos granujas como tu yerno son los que cobran el barato. Verás cómo le echan tierra al expediente, aprueban su conducta y le dan el jeringado ascenso. Por cierto

que es de lo más atrevido que conozco. Ayer estuvo aquí; luego bajó á ver al Subsecretario, y como tiene aquella labia y aquel buen ver, el Subsecretario... (me lo ha dicho quien estaba presente) le recibió con palmas, y allí estuvieron los dos de cháchara más de media hora.

— ¿Y el señor Ministro le ha visto? (con grandísimo desconsuelo).

— No te lo puedo decir; pero me consta que ha venido á recomendárselo un diputado de la provincia en que servía la alhajita de tu yerno. Es de estos que mientras más le dan más quieren. No sale de aquí nunca el tal sin apandar dos ó tres credenciales gordas, pero gordas, y eso que es disidente; pero por lo mismo, por la disidencia, le atienden más.

— ¿Crees tú que le darán el ascenso á Víctor? (con ansiedad profunda).

— Yo no puedo asegurarte nada.

— Y de lo mío, ¿qué sabes? (con ansiedad mayor aún).

— El Jefe del Personal no suelta prenda. Cuando le hablo de ti, me echa un *veremos*, y un *yo haré lo que pueda*, que es tanto como no decir nada. ¡Ah! entre paréntesis: ayer, después de hablar con el Subsecretario, se coló Víctor en el Personal. Vino á contármelo el hermano de Espinosa. El Jefe le enseñó las vacantes de provincias, y tu yernito se dejó decir con arrogancia que á provincias no iba ni atado.

— Amigo Ventura— indicó Villaamil con dolorosa consternación, — acuérdate de lo que te anuncio. Tú lo has de ver, y si lo dudas, apostemos algo... ¿Á que ascienden á Víctor y á mí no me colocan? Otra cosa sería justicia y razón, y la razón y la justicia andan ahora de paseo por las nubes.

Pantoja volvió á ladear el gorro. Era una manera especial suya de rascarse la cabeza. Dando un gran suspiro, que salió muy oprimido de la boca, porque ésta no se abría sino con cierta solemnidad, trató de consolar á su amigo en la forma siguiente:

— No sabemos si podrán arreglar lo del expediente de Víctor, á pesar de las ganas que parece tienen de ello sus protectores. Y por lo que hace á ti, yo que tú, sin dejar de machacar en el Director, el Subsecretario y el Ministro, me buscaría un buen faldón entre la gente que manda.

— Pero si me cojo y tiro, y... cómo si no.

— Pues sigue tirando, hombre, hasta que te quedes con el faldón en la mano. Arrímate á los pájaros gordos, sean ó no ministeriales; dirígete á Sagasta, á Cánovas, á D. Venancio, á Castelar, á los Silvelas; no repares si son blancos, negros ó amarillos, pues al paso que vas, tal como se han puesto las cosas, no conseguirás nada. Ni Pez ni Cucúrbitas te servirán: están abrumados de compromisos, y no colocan más

que á su pandilla, á sus paniaguados, á sus ayudas de cámara, y hasta á los barberos que les afeitan. Esa gente que sirvió á la Gloriosa primero y después á la Restauración, está con el agua al cuello, porque tiene que atender á los de ahora, sin desamparar á los de antes, que andan ladrando de hambre. Pez ha metido aquí á alguien que estuvo en la facción y á otros que retozaron con la cantonal. ¿Cómo puede olvidar Pez que los del gorro colorado le sostuvieron en la Dirección de Rentas, y que los amadeístas casi casi le hacen Ministro, y que los moderados del tiempo de Sor Patrocinio le dieron la gran cruz?

Villaamil oía estos sabios consejos, los ojos bajos, la expresión lúgubre, y sin desconocer cuán razonables eran. Mientras que los dos amigos departían de este modo, totalmente abstraídos de lo que en la oficina pasaba, el maldito cojo Salvador Guillén trazaba en una cuartilla de papel, con humorísticos rasgos de pluma, la caricatura de Villaamil, y una vez terminada, y habiendo visto que era buena, puso por debajo: *El señor de Mian, meditando sus planes de Hacienda*. Pasaba el papel á sus compañeros para que se riesen, y el monigote iba de pupitre en pupitre, consolando de su aburrimiento á los infelices condenados á la esclavitud perpetua de las oficinas.

Cuando Pantoja y Villaamil hablaban de gene-

ralidades tocantes al ramo, no sonaban con armonioso acuerdo sus dos voces. Es que discrepaban atrocemente en ideas, porque el criterio del honrado era estrecho y exclusivo, mientras Villaamil tenía concepciones amplias, un plan sistemático, resultado de sus estudios y experiencia. Lo que sacaba de quicio á Pantoja era que su amigo preconizara el *income tax*, haciendo tabla rasa de la Territorial, la Industrial y Consumos. El impuesto sobre la renta, basado en la declaración, teniendo por auxiliares el amor propio y la buena fe, resultaba un disparate aquí donde casi casi es preciso poner al contribuyente delante de una horca para que pague. La simplificación, en general, era contraria al espíritu del *probo funcionario*, que gustaba de mucho personal, mucho lío y muchísimo mete y saca de papeles. Y por último, algo había de recelo personal en Pantoja, pues aquella manía de suprimir las contribuciones era como si quisiesen suprimirle á él. Sobre esto discutían acaloradamente hasta que á los dos se les agotaba la saliva. Y cuando Pantoja tenía que salir porque le llamaba el Director, y se quedaba Villaamil solo con los subalternos, éstos se distraían y solazaban un rato á cuenta de él, distinguiéndose el cojo Guillén por su intención maligna.

— Dígame, D. Ramón, ¿por qué no publica usted su plan para que lo conozca el país?

— Déjame á mí de publicar planes (paseándo-

se agitadamente por la oficina). ¡Sí; buen caso me haría ese puerco de país! El Ministro los ha leído y les ha dado un vistazo el Director de Contribuciones. Como si no... Y no es la dificultad de enterarse pronto, porque en las Memorias que he escrito he atendido: primero, á la sencillez; segundo, á la claridad; tercero, á la brevedad.

— Yo creí que eran muy largas, pero muy largas — dijo Espinosa con gravedad. — Como abrazan tantos puntos...

— ¿Quién le ha dicho á usted semejante cosa? (enfadándose). Si cada una no abraza más que un punto, y son cuatro. Y basta y sobra ¡Ojalá no me hubiera ocupado de escribirlas! Bienaventurados los brutos...

— Porque de ellos es la nómina de los cielos... Bien dicho, señor don Ramón — observó Argüelles, mirando con ojeriza á Guillén, á quien detestaba. — Á mí también se me ocurrió un plan; pero no quise darlo á luz. Más cuenta me tenía componer el solo de trompa.

— Eso, toque usted la trompa, y déjese de arreglar la Hacienda, que al paso que va, pronto, ni los rabos. Mire usted, amigo Argüelles (parándose ante la mesa del caballero de Felipe IV, la capa terciada, la mano derecha muy expresiva). Yo he consagrado á esto mi experiencia de tantos años. Podré acertar ó no; pero que aquí hay algo, que aquí hay una idea, no

puede dudarse. (Todos le oían con gran atención.) Mi trabajo consta de cuatro Memorias ó tratados, que llevan su título para más fácil inteligencia. Primer punto: *Moralidad*.

— Muy bien. Rompe plaza la moralidad, que es lo primero.

— Es el fundamento del orden administrativo. Moralidad arriba, moralidad abajo, á izquierda y á derecha. Segundo punto: *Income tax*.

— Que es la madre del cordero.

— Fuera Territorial, Subsidio y Consumos. Lo substituyo con el impuesto sobre la renta, con su recarguito municipal, todo muy sencillo, muy práctico, muy claro; y expongo mis ideas sobre el método de cobranza, apremios, investigación, multas, etc... Tercer punto: *Aduanas*. Porque, fíjense ustedes, las Aduanas no son sólo un arbitrio, son un método de protección al trabajo nacional. Establezco un arancel bien remontadito, para que prosperen las fábricas y nos vistamos todos con telas españolas.

— *Superior de Holanda...* Don Ramón, Bravo Murillo era un niño de teta... Siga usted...

— Cuarto punto: *Unificación de la Deuda*. Recojo todo el papel que anda por ahí con diferentes nombres: *Tres* consolidado, Diferido, Bonos, Banco y Tesoro, Billetes hipotecarios, y lo canjeo por un 4 por 100, emitido al tipo que convenga... Se acabaron los quebraderos de cabeza...

— Sabe usted más, D. Ramón, que el muy marrano que inventó la Hacienda.

(Coro de plácemes. El único que callaba era Argüelles, que no gustaba de reírle mucho las gracias á Guillén.)

— No es que sepa mucho (con modestia), es que miro las cosas *de la casa* como mías propias, y quisiera ver á este país entrar de lleno por la senda del orden. Esto no es ciencia, es buen deseo, aplicación, trabajo. Ahora bien: ¿ustedes me hicieron caso? Pues ellos tampoco. Allá se las hayan. Llegará día en que los españoles tengan que andar descalzos y los más ricos pedir para ayuda de un panecillo... digo, no pedirán limosna, porque no habrá quien la dé. Á eso vamos. Yo les pregunto á ustedes: ¿tendría algo de particular que me restituyesen á mi plaza de Jefe de Administración? Nada, ¿verdad? Pues ustedes verán todo lo que quieran, pero eso no lo han de ver. Vaya, con Dios.

Salía encorvado, como si no pudiera soportar el peso de la cabeza. Todos le tenían lástima; pero el despiadado Guillén siempre inventaba algún sambenito que colgarle á la espalda después que se iba.

— Aquí he copiado los cuatro puntos conforme los decía: señores, oro molido. Vengan acá. ¡Qué risa, Dios! Vean, vean los cuatro títulos, escritos uno bajo el otro.

*Moralidad.*

*Income tax.*

*Aduanas.*

*Unificación de la Deuda.*

Juntadas las cuatro iniciales, resulta la palabra *M I A U*.

Una explosión de carcajadas retumbó en la oficina, poniéndola tan alegre como si fuera un teatro.

### XXIII

Desconcertada para muchos días quedó Abelarda después del largo diálogo aquel con Víctor; pero ponía la infeliz tal arte en evitar que su madre y su tía comprendieran el estado de su ánimo, que lo lograba al fin. Desde el día posterior á las incomprensibles declaraciones de Víctor, notó á éste taciturno. Evitaba encontrarse solo con su cuñada; apenas la miraba, y ni por incidencia le dirigía palabra alguna. Creyérase que un delicado asunto personal le traía caviloso. Transcurrido poco tiempo, observó Abelarda que estaba de mejor temple y que le echaba miradas amorosas y lánguidas, á las que ella, sin poderlo remediar, respondía con otras inflamadas aunque rapidísimas. Delante de la familia le hablaba Víctor; pero á solas ni jota. Estaban,

pues, como los que se aman y no se atreven á decirselo; mas ella esperaba ese estallido impen-sado y súbito de la ocasión que no falta nunca, como si las leyes del tiempo y del espacio tuvie-ran marcado el necesario instante en que se jun-ten las órbitas de los seres compelidos á ello por la voluntad. En aquella temporada le dió á la insignificante por ir á la iglesia bastante á me-nudo. Las prácticas religiosas de los Villaamil se concretaban á la misa dominguera en las Co-mendadoras, y esto no con rigurosa puntualidad. Don Ramón faltaba rara vez; pero doña Pura y su hermana, por aquello de no estar vestidas, por quehaceres ó por otra causa, quebrantaban algunos domingos el precepto. Abelarda se sen-tía ansiosa de corroborar su espíritu en la reli-gión y meditar en la iglesia; se consolaba mi-rando los altares, el sagrario donde el propio Dios está guardado, oyendo devotamente la mi-sa, contemplando los santos y vírgenes con sus ahuecadas vestiduras. Estos inocentes consuelos le sugirieron pronto la idea de otro más dulce y eficaz, el confesarse; porque sentía la necesidad imperiosa y punzante de confiar á alguien un secreto que no le cabía en el corazón. Temía que si no lo confiaba, *se le escaparía* á lo mejor con espontaneidad indiscreta delante de sus pa-dres, y esto le aterraba, porque sus padres se habrían de enfadar cuando tal supieran. ¿Á quién confiarlo? ¿Á Luis? Era muy niño. Hasta se le

pasaba por las mientes el disparate increíble de revelar su secreto al buenazo de Ponce. Por úl-timo, el mismo sentimiento religioso que se am-paraba de su alma le inspiró la solución, y á la mañana siguiente de pensarla acercóse al confe-sionario y le contó al cura lo que le pasaba, aña-diendo pormenores que al sacerdote no le im-portaba saber. Después de la confesión se quedó la insignificante muy aliviada y con el espíritu bien dispuesto para lo que pudiera sobrevenir.

Como era tiempo de Cuaresma, había ejerci-cios todas las tardes en las Comendadoras y los viernes en Monserrat y en las Salesas Nuevas. Algo chocaba á la familia la asiduidad con que Abelarda iba á la iglesia, y á doña Pura no se le pudrió en el cuerpo esta observación imper-tinente: «¡Vaya, hija, á buenas horas mangas verdes!»

La circunstancia de que Ponce estaba com-placidísimo y un sí es no es entusiasmado con las devociones de su novia, por ser él uno de los chicos más católicos de la generación presente (aunque más de pico que de obras, como suele suceder), acalló las susceptibilidades de doña Pura. El ínclito joven acompañaba á su novia algunas tardes á la iglesia, á pesar de las reite-radas instancias de ella para que la dejara sola. Comúnmente la esperaba al salir, y juntos iban hasta la casa, hablando del predicador, como la noche antes, en la tertulia, hablaban de los can-



tantes del Real. Si Abelarda iba temprano á la iglesia, la acompañaba Luis, que á poco de probar estas excursiones tomó grandísima afición á ellas. El buen Cadalsito pasaba un rato con devoción y compostura; pero luego se cansaba y se ponía á dar vueltas por la iglesia, mirando los estandartes de la Orden de Santiago que hay en las Comendadoras, acercándose á la reja grande para atisbar á las monjas, inspeccionando los altares recargados de ex-votos de cera. En Monserrat, iglesia perteneciente al antiguo convento que es hoy Cárcel de Mujeres, no se encontraba Luis tan á gusto como en las Comendadoras, que es uno de los templos más despejados y más bonitos de Madrid. Á Monserrat encontrábalo frío y desnudo; los santos estaban mal trajeados; el culto le parecía pobre, y, además de esto, había en la capilla de la derecha, conforme entramos, un Cristo grande, moreno, lleno de manchurrones de sangre, con enaguas y una melena natural tan larga como el pelo de una mujer, la cual efigie le causaba tanto miedo, que nunca se atrevía á mirarla sino á distancia, y ni que le dieran lo que le dieran entraba en su capilla.

Sucedió más de una vez que Cadalsito, en su inquieta vagancia dentro de la iglesia, se sentaba en algún banco solitario, sintiéndose acometido del mal precursor de la extraña visión. Más de una vez se dijo que en tal sitio, á poco que se adormilase, había de ver al *Señor de la barba*

*blanca*, por ser aquélla una de sus casas. Pero cerraba los ojos, haciendo como una mental evocación de la extraordinaria visita, y ésta no se presentaba. En alguna ocasión, no obstante, creyó ver al augusto anciano saliendo por una puerta de la sacristía y perdiéndose en el altar, como si se introdujera por invisible hueco. También le pareció que el mismo Señor salía revestido de la sacerdotal túnica y casulla bordada, á decir misa, á decirse á sí mismo la misa, cosa que á Cadalsito le pareció por demás extraña. Pero no estaba muy seguro de que esto fuera así, y bien podía ser que se engañase; al menos, grandes dudas tenía sobre el particular. Una tarde, oyendo en Monserrat el rosario que rezaba el cura, al cual contestaban en la iglesia unas dos docenas de mujeres y en el coro las presas, que debían ser más de ciento por el murmullo intensísimo que sus voces hacían, Luisito se sintió con los síntomas de somnolencia. En la iglesia había muy poca luz, y todo en ella era misterio, sombras que la cadencia tétrica del rezo hacía más cerradas y tenebrosas. Desde donde Cadalsito estaba, veía un brazo del Cristo aquel, y la lamparilla que junto al brazo colgaba del techo. Le entró tal pánico, que se habría marchado á la calle si hubiera podido; pero no se pudo levantar. Hizo propósito de vencer el sopor, y se pellizcó los brazos diciendo: «¡Ay! ¡contro! Si me duermo y se me pone al lado

el Cristo de las melenas, del miedo me caigo muerto». Y el miedo y los esfuerzos por despa-bilarse vencían al fin su insano sopor.

En cambio de estos malos ratos, Monserrat se los proporcionaba buenos, cuando se aparecía por allí su amigo y condiscípulo Silvestre Murillo, hijo del sacristán. Silvestre inició á Luis en algunos misterios eclesiásticos, explicándole mil cosas que éste no comprendía; por ejemplo: qué era la Reserva del Santísimo, qué diferencia hay entre el Evangelio y la Epístola, por qué tiene San Roque un perro y San Pedro llaves, metiéndose en unas erudiciones litúrgicas que tenían que oír. «La hostia, verbigracia, lleva dentro á Dios, y por eso los curas, antes de cogerla, se lavan las manos para no ensuciarla; y *dominus vobis* es lo mismo que decir: *cuidado, que sedís buenos*». Metidos los dos en la sacristía, Silvestre le enseñaba las vestiduras, las hostias sin consagrar, que Cadalso miraba con respeto supersticioso, las piezas del monumento que pronto se armaría, el palio y la manga-cruz, revelando en el desenfado con que lo enseñaba y en sus explicaciones un cierto escepticismo del cual no participaba el otro. Pero no pudo Murillito hacerle entrar en la capilla del Cristo de las melenas, ni aun asegurándole que él las había tenido en la mano cuando su madre se las peinaba, y que aquel Señor era muy bueno y hacía la mar de milagros.

Como la mente de los chicos se impresiona con todo, y á esta impresión se amolda con energía y prontitud su naciente voluntad, aquellas visitas á la iglesia despertaron en Cadalso el deseo y propósito de ser cura, y así lo manifestaba á sus abuelos una y otra vez. Todos se reían de esta precoz vocación, y al mismo Víctor le hizo mucha gracia. Sí, Luisito aseguraba que ó no sería nada ó cantaría misa, pues le entusiasman todas las funciones sacerdotales, incluso el predicar, incluso el meterse en el confesionario para *oír los pecados de las mujeres*. Dijo con ingenuidad tan graciosa, que todos se partieron de risa, y de ello tomó pie Víctor para romper á hablar á solas con la insignificante por primera vez después de la conferencia de marras. No estaba presente ninguna persona mayor, y el único que podía oír era Luis, y estaba engolfado en su álbum filatélico.

—Yo no diré, como mi hijo, que quiero ordenarme; pero ello es que de algún tiempo á esta parte siento en mí una necesidad tan viva de creer!... Este sentimiento, júzgalo como quieras, me viene de ti, Abelarda (aquí una mirada amplia, sostenida, tiernísima), de ti, y de la influencia que tu alma tiene sobre la mía.

—Pues cree, ¿quién te lo impide? —repuso la joven, que se sentía aquella tarde con facilidades para hablar, y esperaba mayor claridad en él.

— Me lo impiden las rutinas de mi pensamiento, las falsas ideas adquiridas en el trato social, que forman una broza difícil de extirpar. Me convendría un maestro angélico, un ser que me amase y que se interesara por mi salvación. ¿Pero dónde está ese ángel? Si existe, no es para mí. Soy muy desgraciado. Veo el bien muy próximo, y no me puedo acercar á él. Dichosa tú si no comprendes esto.

Encontrábase la señorita de Villaamil con fuerzas para tratar aquel asunto, porque la religión se las diera hasta para confesar su secreto á quien no debía oírlo de sus labios.

— Yo quise creer, y creí — dijo. — Yo busqué un alivio en Dios, y lo encontré. ¿Quieres que te cuente cómo?

Víctor, que, sentado junto á la mesa, se oprimía la cabeza entre las manos, levantóse de pronto, diciendo con el tono y gesto de un consumado histrión:

— No hables: me atormentarías sin consolarme. Soy un réprobo, un condenado...

Estas frases de relumbrón, espigadas sin criterio en diferentes libros, las traía muy preparaditas para espetarlas en la primera ocasión. Apenas dichas, acordóse de que había quedado en juntarse en el café con varios amigos, y buscó la fórmula para cortar la hebra que su cuñada había empezado á tender entre boca y boca.

— Abelarda, necesito alejarme, porque si es-

toy aquí un minuto más... yo me conozco: te diré lo que no debo decirte... al menos todavía... Dame tu permiso para retirarme. Voy á dar vueltas por las calles, sin dirección fija, errante, calenturiento, pensando en lo que no puede ser para mí... al menos todavía...

Dió un suspiro, y hasta otra... Dejó á la insignificante confusa y con un palmo de morros, procurando desentrañar el significado de aquel *al menos todavía*, frase de risueños horizontes.

Por la noche, antes de comer, Víctor entró muy gozoso y dió un abrazo á su suegro, al cual no le hicieron gracia tales confianzas, y estuvo por decirle: «¿En qué pícaro bodegón hemos comido juntos?» No tardó el otro en explicar los móviles de su enhorabuena. Había estado en el Ministerio aquella tarde, y el Jefe del Personal le dijo que Villaamil iba en la primera hornada.

— ¡Otra vez el mismo cuento! — exclamó don Ramón furioso. — ¿De cuándo acá es permitido que te burles de mí?

— No es burla, hombre — manifestó doña Pura, alentada por dulces esperanzas. — Cuando él te lo dice es porque lo sabe.

— Créalo usted ó no lo crea, es verdad.

— Pues yo lo niego, yo lo niego — declaró Villaamil, rayando el aire con el dedo índice de la mano derecha. — Y de mí no se ríe nadie, ¿estamos? ¿Cuándo y por dónde te has ocupado

tú de mí en el Ministerio? Tú vas allá por tus asuntos propios, por trabajar tu ascenso, que te darán... ¡Ah! Yo estoy cierto de que te lo dan... Bueno fuera que no.

— Pues yo le digo á usted (con gran energía) que podré haber ido otras veces con ese objeto; pero hoy por hoy fui, y por cierto en compañía de dos diputados de muchísima influencia, exclusivamente á interceder por usted, á hablarle gordo al Jefe del Personal, después de teclear al Ministro. Si no se lo digo á usted porque me lo agradezca; si esto no tiene mérito ninguno... Y tan cierto como es luz esa que nos alumbra (con solemne acento), lo es que yo dije á los amigos que me apoyan: «Señores, antes que mi ascenso, pídase la colocación de mi suegro». Repito que no lo digo para que me lo agradezca nadie. Vaya un puñado de anís...

Doña Pura estaba radiante, y Villaamil, desconcertado en su pesimismo, parecía un combatiente á quien le destruyen de improviso las defensas que le amparan, dejándole inerme y desnudo ante las balas enemigas. Esforzábase en recobrar su aplomo pesimista... «Historias... Bueno, y aunque fuese verdad que Juan, Pedro y Diego me recomendaran, ¿de eso se sigue que me coloquen? Déjame en paz, y pide para ti, pues sin abrir la boca te lo han de dar, mientras que yo, aunque vuelva loco al género humano, nada alcanzaré».

Abelarda, aunque no desplegó los labios, sentía su pecho inundado de gratitud hacia Víctor y se congratulaba de amarle, declarándose que ninguna duda podía existir de la bondad de sus sentimientos. Imposible que aquel acento noble y hermoso no fuera el acento de la verdad. Mientras comían, se discutió lo mismo: Villaamil opinando tercamente que jamás habría piedad para él en las esferas ministeriales, y la familia entera sosteniendo con denuedo lo contrario. Entonces soltó Luisito aquella frase que fué célebre en la familia durante una semana y se comentó y repitió hasta la saciedad, celebrándola como gracia inapreciable, ó como uno de esos rasgos de sabiduría que de la mente divina pueden descender á la de los seres cuyo estado de gracia les comunica directamente con aquélla. Lo dijo Cadalsito con ingenuidad encantadora y cierto aplomo petulante que aumentaba el hechizo de sus palabras. «Pero abuelito, parece que eres tonto. ¿Por qué estás pidiendo y pidiendo á esos tíos de los Ministerios, que son unos cualesquiera y no te hacen caso? Pídeselo á Dios, ve á la iglesia, reza mucho, y verás cómo Dios te da el destino».

Todos se echaron á reír; pero en el ánimo de Villaamil hizo efecto muy distinto la salida del inspirado niño. Por poco se le saltan al buen viejo las lágrimas, y dando un golpe en la mesa con el cabo del tenedor, decía: «Ese demonches